

Domingo, 9 de mayo de 1993
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 14,1-12

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida

El Evangelio es el anuncio gozoso de la salvación porque es la revelación, la manifestación gradual, paso a paso, de la identidad de Jesús. La salvación consiste en creer en él. Es lo que dice San Juan en la conclusión de su Evangelio: "Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn 20,31). Este propósito que movió a Juan a escribir su Evangelio se basa sobre una palabra de Jesús: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida" (Jn 3,36).

El Evangelio está jalonado de preguntas acerca de la identidad de Jesús. La gente se pregunta: "¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?" (Mt 8,27). "¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero, su madre no se llama María...?" (Mt 13,53). "¿Por qué habla éste así; quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?" (Mc 2,7).

La misión de Jesús era la de revelar a Dios, de revelar al Padre. Pero el Padre no puede ser mostrado solamente dando una doctrina o formulando proposiciones. Un cuerpo de doctrina lo puede leer cualquiera, pero no por eso ya conoce a Dios. Jesús reveló al Padre manifestandose a sí mismo, dandonos su propia persona. Pero él es refractario para la falta de fe; es transparente, en cambio, para el que cree. Era opaco para los judíos que dicen al ciego de nacimiento: "Nosotros sabemos que este hombre es un pecador" (Jn 9,24); era nítido, en cambio, para el ciego que había recobrado la vista y dice a Jesús: "Creo, Señor. Y se postró ante él" (Jn 9,38), y para los apóstoles que dicen: "Nosotros sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,69). ¿Y qué es lo que determina esta diferencia tan grande ante la misma persona? Pues aquí no se trata de diferir acerca del carácter de una persona cualquiera -que en esto suele haber discrepancias-, sino de ver en Jesús a Dios o a un simple hombre. El punto discriminante es la fe. Por eso la fe se compara con la vista. El que tiene fe, ve a Jesús con los ojos del cuerpo y capta a Dios; el que carece de la fe, ve a Jesús y no ve más que a un hombre.

El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús durante la última cena en la intimidad con sus apóstoles. La escena comienza con la afirmación de que Jesús "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). En esa situación de confianza el apóstol Felipe le hace esta petición: "Señor, muestranos al Padre y nos basta". El está convencido que Jesús lo puede hacer. Pero, a pesar de esto, recibe un reproche de Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que

me ha visto a mí, ha visto al Padre". San Agustín comenta: "Felipe deseaba conocer al Padre como si el Padre fuera mejor que el Hijo. Y así demostraba no conocer tampoco al Hijo, pues creía que podía haber algo mejor que él". Su error es pensar que hay algo más que Jesús, como si Jesús mismo no bastara. Por eso Jesús le dice: "Aún no me conoces. Si me conocieras a mí, conocerías también al Padre". Cristo basta, pues en él está la plenitud de la divinidad.

En dos ocasiones Jesús repite: "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?... Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí". Y de esta manera, Jesús revela su propia identidad: él es el Hijo, posee la misma naturaleza divina que el Padre, es de la misma sustancia que el Padre. El Hijo no es el Padre, ni el Padre es el Hijo: son dos personas distintas; pero Dios es uno solo. Por tanto, dirigiendome al Hijo, es decir, a Cristo -que es el Hijo encarnado y hecho hombre-, yo encuentro al mismo Dios que dirigiendome al Padre. Es más, Jesús es el único acceso al Padre, según su declaración: "Nadie va al Padre sino por mí".

Así podemos comprender la hermosa sentencia de Jesús: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". El es el Camino porque une en su persona a Dios y el hombre. El tomó al hombre y lo devolvió a Dios, no por un camino material, sino uniendolo a Dios en sí mismo, en la unidad de su persona: se hizo él mismo hombre sin dejar de ser Dios. En Cristo uno de nosotros, los hombres, ha entrado ya en la Trinidad. A través de Cristo, todos tenemos que llegar allí, pues allí está nuestra meta y nuestra morada eterna.

Jesús es la Verdad, en cuanto él es la revelación del Hijo y del Padre y también revela el hombre al hombre; él le da sentido a todo. Sin Cristo la existencia del hombre pierde su sentido y todas las cosas pierden su fundamento. En efecto, "todo fue creado por él y para él y todo tiene en él su consistencia" (Col 1,16-17).

Jesús es la Vida. Se trata de la vida definitiva, no de la vida terrena. Jesús no es solo un medio. El es ya el punto de llegada. El es la vida eterna que todos anhelamos y a la cual todos estamos destinados. Toda la primera carta de San Juan queda incluida entre dos afirmaciones de la Vida. Comienza diciendo: "La Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna". Y concluye: "Nosotros estamos en... Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna" (1Jn 1,2... 5,20).

¿Dónde encontramos a Jesucristo hoy? El verdadero Jesucristo nos es dado hoy en la Iglesia. A los ojos de la fe la Iglesia es el Cuerpo de Cristo; ella muestra a Jesucristo y lo comunica a los fieles en la participación de su vida y de sus sacramentos.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción